

CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Como Obispo y como Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile

Se puede recordar al Cardenal Raúl Silva como el religioso salesiano, educador, realizador de grandes empresas y fiel discípulo de don Bosco. Se le puede recordar como el gran emprendedor de obras económicas y sociales en beneficio de los pobres: CÁRITAS, las Aldeas SOS, INVICA, el Banco del Desarrollo y muchas más. Se le puede recordar también como el Cardenal Arzobispo de Santiago, que supo en momentos difíciles, entre ideologías adversas y ante gobiernos autoritarios, expresar la conciencia del pueblo chileno. Yo me propongo recordar a Raúl Silva como un obispo chileno, como un miembro de la Conferencia Episcopal de Chile (CECH), entre 1959 y 1983. Como en todas las facetas del Cardenal Silva, hubo, en su pertenencia al Colegio Episcopal de Chile, luces y sombras; las sombras, sin embargo, aquí también, hacen resaltar con más relieve sus cualidades y sus virtudes: son las que yo quiero evocar con admiración y cariño.

Cuando se supo que el padre Raúl Silva, a quien el Nuncio Monseñor Baggio había encomendado la organización de CÁRITAS-CHILE y que fue su director por muchos años, era nombrado Obispo de Valparaíso, esta designación pareció a todos los obispos lógica y justa. El padre Raúl había prestado y estaba prestando a la Iglesia Chilena grandes servicios y con motivo del terremoto reciente había logrado conseguir mucha ayuda para la reconstrucción de tantos edificios dañados. Se le criticaba un poco el no informar tanto como lo hubiéramos querido, de todo lo que hacía, incluso en nuestras propias diócesis. Pero el hombre era así, muchos hechos, pocas palabras.

Cuando el Obispo de Valparaíso pasó a ser Cardenal Arzobispo de Santiago, la cosa cambió. Los primeros años de convivencia en la CECH fueron difíciles, a veces. El nuevo Arzobispo de Santiago estaba persuadido que, por su calidad de tal y por ser Cardenal era el jefe indiscutido de la Iglesia chilena. Ofrecía ayudar a cualquier obispo que necesitara o pidiera su ayuda pero las iniciativas y las realizaciones debían venir de él. Poco a poco, sin embargo, fue entendiendo que, por muy poderoso e influyente que fuera el Arzobispo de Santiago –y más aun siendo éste el Cardenal Silva Henríquez- existía una Conferencia Episcopal que integraban todos los obispos de Chile, que estaba renovando y reorganizando

la pastoral de la Iglesia chilena y que también tomaba posiciones ante las circunstancias políticas que vivía el país.

Cuando el Cardenal comprendió que era así, aceptó la realidad, en forma muy positiva. Sin renunciar a ninguna de sus obligaciones y responsabilidades de Cardenal Arzobispo de Santiago, supo tomar en cuenta esta otra identidad de la Iglesia que era la CECH y le dio su confianza. Más aun supo ganarse la confianza de la Conferencia, hasta el punto de ser nombrado, en alguna oportunidad, Presidente de ella. En cualidad de tal asumió la lucha de la Iglesia en contra de la reforma educacional que preconizaba la Unidad Popular, la ENU. Y, cuando no era Presidente de la CECH, fue siempre en ella un miembro participativo y cooperador. Para quien conocía su carácter un tanto personalista, a veces un poco avasallador, esta actitud suya resultaba edificante. Porque Raúl Silva era antes que nada un hombre humilde, virtuoso, valiente, bien intencionado, animado por su celo apostólico, su amor a los pobres y su sentido de la independencia y de la dignidad de la Iglesia. Y esta orientación fundamental de su ser y de su vida prevalecía sobre sus rasgos de carácter y su formación, religiosa más que diocesana, que a veces dificultaba, en los comienzos, el diálogo entre él y los otros obispos.

Hace algunos años, estando yo de paso por Roma, el Cardenal Silva, que estaba él también de paso por Roma, celebró su aniversario. Los sacerdotes chilenos que vivían o estaban en Roma en aquel tiempo, lo invitaron a almorzar con ellos, para festejarlo. Al terminar el almuerzo me pidieron que dijera algunas palabras. El Cardenal me escuchó con mucho interés, talvez con alguna inquietud: ¿qué irá a decir de mí?, pensaría. Aunque no era difícil hablar del Cardenal.

Yo dije tres cosas.

La primera fue que el Cardenal había hecho pasar por nuestra Iglesia en Chile una corriente de hombría, de virilidad, que había hecho bien. Los obispos tenemos tendencia a ser matizados en nuestros juicios, muy prudentes en nuestras palabras y eso quita fuerza a lo que decimos. El Cardenal no era así: hablaba clara y fuerte y actuaba tal como hablaba. Uno sabía a qué atenerse. Y eso fue bueno para la Iglesia y para el país, cuando había que dialogar con ideologías excluyentes y con gobiernos autoritarios.

Dije también que el Cardenal no se identificaba con ninguna de las clases sociales que solemos reconocer en Chile. No se le veía como hijo de un dueño de fundo acaudalado, ni como un hombre del pueblo, un trabajador del campo o de la ciudad. Era inclasificable, era chileno, de tomo y lomo, y por eso el pueblo lo oía y lo entendía, y su palabra llegaba a todos los sectores: todos veían en él a un hombre como ellos. ¡Gran cualidad y gran ventaja para un pastor!

Y, finalmente, observé que el Cardenal podía aparecer a veces como un empresario, porque concebía proyectos de gran envergadura, siempre con fines económicos, sociales o culturales en bien de los pobres. Conseguía el financiamiento. Fueron muchos los millones que pasaron por sus manos para llegar a las de los necesitados. Y encontraba a las personas, laicos, por lo general, más aptos para llevar a la realidad sus grandes empresas. Y sabía dirigirlos con inteligencia y con fuerza. Pero, al mismo tiempo el Cardenal tenía como pocos un corazón compasivo, una gran capacidad, pese a su rostro adusto y a sus pocas palabras, de compadecer, una inmensa ternura que le llevaba a defender personalmente al maltratado, y a llorar por el dolor ajeno. Tenía también una gran cercanía con los niños: no iba a Punta de Tralca, su lugar de descanso cerca de Santiago, sin pasar unas horas con los niños de las Aldeas SOS que lo acogían con cariño y alegría, como a un padre bondadoso o como a un amigo. He dicho que tenía facilidad para llorar. Impresionaba el contraste entre su carácter en apariencia duro, frío, a veces cortante y esa sensibilidad que los niños y los pobres, más que otros, percibían en él.

Cuando terminé de hablar, el Cardenal, que no era de muchos elogios, me dijo simplemente: “¡No estuviste tan mal!”. Para quien lo conocía bien, estas palabras significaban: “¡Me gusta que me veas así!” y, en verdad, yo lo veía así, él era así y le gustaba que lo vieran así, que descubrieran que él era así.

Otro religioso había iluminado nuestra patria pocos años antes que él, con su afán de servir: el Padre Alberto Hurtado, jesuita, fundador, entre otras cosas, del Hogar de Cristo y hoy canonizado. Me hacen pensar en un postre que conocí de niño. El Padre Hurtado era como el higo o la breva, sabroso, dulce, nutritivo. El Cardenal Silva era mas bien como la nuez, la avellana o la almendra. Había que quebrar una cáscara leñosa, para que saliera el fruto, talvez menos dulce, pero muy nutritivo y sustancioso. El uno y el otro

lograron traspasar al ámbito de la Iglesia católica. Se integraron a la historia de Chile, a la sociedad chilena, al pueblo de Chile, al alma de Chile. Eran muy diferentes y no sé si se conocieron el uno al otro. Pero los veo a ambos como dos astros luminosos que velan desde el cielo por Chile y por los chilenos.

+ Bernardino Piñera C.
Arzobispo Emérito de La Serena